

## **Las mamás de mis amigas**

Me gustan las mamás de mis amigas. Son bonitas, así como la mía. Nosotras jugamos y corremos por cualquier lado, andamos en bicicleta en nuestro barrio y ellas, cuando se encuentran, son amenas y divertidas. Me gusta verlas y pienso que cuando yo sea grande voy a poder conversar y hacer que la gente se ría y ya no voy a ser tímida, aunque no sé si yo pueda llegar a ser tan bonita como mi mamá.

Las mamás de mis amigas andan atareadas porque sus hijas van a fiestas y quieren ropa nueva y a la moda. Yo también pero no tanto, no es muy bonito ir a fiestas cuando se es muy tímida. Cuando ya somos grandes y estudiamos en la Universidad, veo que algunas mamás cambian, ya no son tan alegres, dos se han divorciado, una murió y mi amiga, su hija, sufrió mucho y pasó triste varios años. Ya no soy tímida y, aunque tengo esa guapeza que da la juventud, no he llegado a ser linda como mi madre. Las mamás de mis amigas florecen el día que sus hijas se casan y lucen su orgullo en sus ojos y en sus trajes, el mismo orgullo de mi madre el día que me casé.

He dejado de verlas por varios años al igual que a mis amigas que ahora viven en sus nuevos hogares. Mi madre sigue siendo linda, ha ganado esa especial complicidad entre belleza y sabiduría de las mujeres mayores que solo se puede apreciar cuando también se es mayor. Que mis amigas no lo sepan, pero cada vez que conozco a sus hijitos, pienso que ninguno es tan lindo como los míos. Ellos van creciendo y nosotras también. Me doy cuenta de que ahora yo soy la mamá, es decir, nosotras, las hijas, somos las mamás, las que hablamos divertidas y amenas mientras nuestros hijos juegan.

Algunas de mis amigas se han divorciado y han vuelto a la casa de su madre, otras han llevado a su madre a vivir con ellas. Dos mamás han enviudado, igual que mi madre, y dos han fallecido. Ahora somos maduras, nuestros hijos van a la universidad y nuestras madres van envejeciendo. Mi madre muere y yo siento una tristeza sin fin. La vida y la muerte nos han asomado a diferentes visiones del amor y el desamor. Nuestros hijos se van casando o arrejuntando y ya algunas somos abuelas. Observo a mis hijos con sus parejas y con sus hijos y pienso que ahora mi hija y sus amigas son las madres. Me miro al espejo y veo mis canas, mis arrugas y mis ojos gachos, y al ver el rostro de mi madre, sonrío.

Algunas mamás son muy lúcidas, con proyectos aún, con don de mando en su territorio hogareño, pero otras se han vuelto tímidas, como si no quisieran perturbar con su lentitud nuestro ímpetu. Me miran a veces a la distancia cuando me les acerco y yo las saludo con mucha ternura y extroversión como no pude hacerlo en mi niñez, pero algunas no me reconocen. Soy yo, tengo que recordarles, pero algunas no se acuerdan.

El parque está vacío. Dónde estarán las mamás de mis amigas, ellas que eran tan lindas, que conversaban con mi madre tan amablemente mientras nos veían jugar. Se me acerca una mujer con canas, muy hermosa, me sonrío con ternura y toma mi mano, yo quisiera responderle, pero no sé quién es. Veo de repente los ojos de mi madre y su gran amor. –Soy yo mamá, soy tu hija. He venido a cantarte una canción.

Hija cantora